

Viviendo sin pareja

Laura E. Asturias

La Opinión (Guatemala), Año I, No. 242, 5-II-2007

Un estudio realizado recientemente por el diario *The New York Times*, con base en el Censo 2005 en los Estados Unidos, revela que más de la mitad de las mujeres en ese país (51%) ahora viven solas, no en pareja. Y si se toma en cuenta que apenas en 1950 la cifra era del 35%, no sorprende que en el 2005, por primera vez, las parejas casadas se hayan convertido en una minoría entre los hogares estadounidenses.

¿A qué se debe que cada vez más mujeres en ese país opten por prescindir de un conviviente? El estudio cita varios factores: ellas se están casando más tarde; también con mayor frecuencia o por periodos más largos viven en pareja pero sin contraer matrimonio; las que enviudan viven más tiempo como viudas, y aquéllas que se divorcian tienen mayores probabilidades que los hombres de pasar más tiempo sin volver a casarse, entre otras razones porque disfrutaban su nueva libertad. En unos pocos casos, la convivencia es temporal pues los esposos trabajan fuera de la ciudad, están en el ejército o han sido institucionalizados.

Por otro lado, según la Oficina del Censo, sólo el 30% de mujeres negras está viviendo con una pareja, en comparación con las hispanas (49%), las blancas no hispanas (55%) y las asiáticas (más del 60%).

Stephanie Coontz, directora de educación pública del Concejo sobre Familias Contemporáneas, comentó algo que se aplica también a otras sociedades: “Éste es uno más de los signos inexorables de que ya no hay retorno a un mundo en el que podemos asumir que el matrimonio es la principal institución que organiza las vidas de las personas. La mayoría de estas mujeres va a casarse o ya lo hizo. Pero, en promedio, las estadounidenses ahora pasan la mitad de su vida adulta fuera del matrimonio”. En su opinión, uno de los cambios más importantes en las mujeres es saber que pueden terminar una relación si las cosas no funcionan.

El demógrafo William H. Frey dijo que este giro refleja “la culminación de las tendencias post-1960 asociadas a una mayor independencia y estilos de vida más flexibles para las mujeres”, quienes “dependen menos de los hombres o de la institución del matrimonio”. Las más jóvenes, según Frey, comprenden esto mejor y están dispuestas a pasar solas o con compañeros solteros una mayor parte de sus vidas”. Agrega que para muchas mayores “la institución del matrimonio no cumplió la promesa que ellas esperaban”.

Tras la divulgación del estudio, el columnista C. W. Nevius, del *San Francisco Chronicle*, se preguntó: “¿Están los hombres haciéndose obsoletos? ¿Será que el maridito ha resultado ser más problema de lo que vale la pena?” Escribió que quizás muchos hombres, al conocer los resultados de la investigación, recordarán las tantas veces que su compañera de vida les pidió bajar la tabla del inodoro, recoger los calcetines del suelo...

Las razones para optar por vivir solas van mucho más allá de ciertas experiencias cotidianas que, si bien algunos hombres pueden considerar poca cosa, se convierten en una constante fuente de enojo para sus compañeras (y no dudo que ocurra lo mismo a la inversa).

Ya no se trata sólo de que las mujeres estén rehusándose a asumir el millón de tareas que el matrimonio o la convivencia implica para ellas. Muchas (incluidas las jóvenes) están adquiriendo una mayor conciencia de lo que observan a su alrededor. Han aprendido tanto de lo que experimentaron en sus propias relaciones de pareja como de las quejas y frustraciones de sus amigas casadas.

Además, de las conductas que ven en otras solteras están tomando lecciones sobre lo que no quieren para sí mismas. Por ejemplo, varias universitarias en Guatemala se han percatado de que algunas de sus compañeras de clase, con altas calificaciones, tienen novios que no avanzan en los estudios y ellas (las novias) empiezan a quedarse atrás, a no rendir tanto como de hecho pueden, para que los muchachos “no se sientan mal porque ellas son mejores”. Otra lección para muchas son los embarazos no deseados que truncan las oportunidades de superación de tantas, con matrimonios precoces y/o forzados para los que no están preparadas.

Más jóvenes pueden ver que, en una gran cantidad de casos, el matrimonio implica que las mujeres posterguen sus aspiraciones personales en aras de una iniciativa compartida pero profundamente inequitativa de la cual reciben el pedazo más pequeño del pastel y en la que, en vez de convivir con un auténtico compañero, terminan cuidando a un niño grande.

Así que prefieren cultivar su propio proyecto de vida, con educación, autonomía e independencia financiera. Y si en el camino aparece alguien que responda a lo que ellas esperan de una pareja, entonces consideran la convivencia, pero ésta ya no es el centro de su existencia sino algo complementario dentro de su proyecto personal. Saben que lo primordial es concentrarse en su superación, también porque las evidencias a su alrededor les indican que, tras un divorcio, es casi siempre la mujer quien debe sacar adelante a su familia, ya sea que cuente o no con aportes económicos del ex.

La vida sin pareja tiene sus altos y sus bajos, pues si bien hay quienes la manejan adecuadamente porque no dependen de la convivencia, otras personas la sufren pues no se conciben sin alguien siempre a su lado. De manera similar, mucha gente está en su salsa viviendo aparejada, mientras otro tanto padece un mal matrimonio.

El hecho es que en numerosos lugares son cada vez más las mujeres que optan por no tener pareja, y sería atinado investigar más sus razones. Por lo pronto, me alegra que muchas estén adquiriendo una mayor conciencia de que “más vale solas... que mal acompañadas”.